

---

HERRERO, MONTSERRAT

*Theopolitical Figures. Scripture, Prophecy, Oath, Charisma, Hospitality.*  
Edinburgh University Press, Edimburgo, 2023, 290 pp.

De las 290 páginas que dan cuerpo al libro *Theopolitical Figures*, 108 se dedican a notas. Si se les suman las 29 de bibliografía, resulta que el aparato crítico de este tratado posestructuralista de teología política —o, por ser más precisos, de esta introducción a la “teopolítica”— ocupa casi la mitad de todo el volumen. Sirvan estas cifras y operaciones para prevenir a los discretos lectores que se acerquen con curiosidad al último libro firmado por la Catedrático de Filosofía Política Montserrat Herrero. A pesar de la sencillez de su estructura —el libro consta de una introducción, cinco capítulos y un epílogo—, la densidad de *Theopolitical Figures* es directamente proporcional a la agilidad que su lectura requiere.

Las dos secciones fundamentales para comprender qué pretende Herrero con este libro son la “Introduction” (pp. 1-38) y el primer capítulo, dedicado a la figura teopolítica de la escritura,

“Scripture or the Unconditional Character of Justice” (pp. 39-72). La introducción describe el “telón de fondo” o marco [*backdrop*] en el que se vertebran las discusiones que dan forma al contenido del libro. También comienza a definir qué entiende la autora por el término “figura” [*figure*]; definición que concluirá en el primer capítulo. Estas dos cuestiones justifican por sí solas el interés del libro.

Lejos de aceptar los diagnósticos que tachan nuestra época de extremadamente secularizada y post-cristiana, Herrero parte del presupuesto opuesto, que además presenta como inevitable: “*Our evolution to a post-secular society is largely seen as inevitable*” (p. 2). Las mitologías y encantos del mundo pre-moderno parecen haber mutado y reaparecido, más vivas que nunca, en los resquebrajados horizontes posmodernos. Acompaña a este lento e inevitable difuminado del proceso de secularización un giro teológico en la filosofía contemporánea, rastreable en autores como Derrida, Agamben, Caputo, Nancy, Badiou o Franke. Este giro desea dialogar con la teología negativa y la tradición apofántica occidental que arrancó con el Pseudo-Dionisio. A este imbricado y, con todo, diáfano estado de la cuestión, Herrero añade su propia perspectiva: una teología política de cuño schmittiano. Primera razón, por tanto, para asomarse a *Theopolitical Figures*: el carácter tan propio y específico —y, sin embargo, profundamente transversal— de los interrogantes que hereda y plantea.

¿Qué es una figura? Un trazo. Nada más, nada menos. Herrero recurre a *De la grammatologie* (1967) de Derrida, y también a su artículo *Comment ne pas parler* (1987), para definir su especificidad. El trazo es aquello que queda de la escritura tras expurgarla de un sentido que, precisamente porque hay y para que haya lenguaje, siempre está en fuga. La posibilidad del texto —empíricamente irrefutable: quién no ha escrito un mensaje para avisar de que se retrasa cinco minutos— se apoya en la imposibilidad del sentido —teóricamente pertinente: ¿qué se dice al afirmar que es posible escribir y que, de hecho, escribimos “Llego tarde”? Estas danzas —trazos, figuras— entre lo posible y lo imposible constituyen la partitura de lo político. Herrero señala y analiza cinco: la escritura [*scripture*] (pp. 39-72), la profecía [*prophecy*] (pp. 73-116), el juramento [*oath*] (pp. 117-156), el carisma [*charisma*] (pp. 157-205) y la hospitalidad [*hospitality*] (pp.

206-239). En la medida en que todas comparten la imposibilidad contrastable vislumbrada por Derrida en el texto, todas comparten la estructura simbólica y dialéctica de la escritura misma.

Ni el simbolismo ni la dialéctica, sin embargo, justifican la transcendencia de las cinco figuras teopolíticas descritas por Herrero. La autora sube la apuesta: estas figuras son trazos de lo incondicional en lo político. ¿Qué significa aquí “incondicional”? Más que “absoluto” o “transcendental”, tal vez convenga entenderlo como “inevitable”. Ni la política ni lo político pueden evitar la escritura, la profecía, el juramento, el carisma o la hospitalidad. Aunque ninguna comunidad, institución o práctica política llegue jamás a realizar estas figuras por entero, sin tales trazos de lo divino no lograría ni constituirse como comunidad política. El carácter incondicional de estas figuras —el hecho de que su misma imposibilidad práctica las erija condiciones de lo político— explica por qué, al menos en opinión de Herrero, cabe entenderlas también como “signaturas de Dios que encontramos como raíces de prácticas políticas instituidas” [*signatures of God that we find as roots of political instituted practices*] (p. 11. Mi traducción). El Reino de Dios está al alcance de la mano, siempre y cuando la zurda no sepa qué hace la diestra.

Lo simbólico, incondicional y dialéctico, por tanto, se imbrican en las figuras teopolíticas de Herrero. Estos tres ejes sirven también para visualizar la estructura interna de los cinco capítulos que desgranar cada una en su complejidad. Herrero explica el significado [*meaning*] de la figura en cuestión, para argumentar después por qué cabe entenderlas como figuras de lo divino. Por último, concluye cada capítulo con un repaso histórico que muestra su insistencia [*insistence*] y repetición a lo largo del tiempo. Con independencia de que comparta o no los presupuestos teóricos de la autora, el lector descubre que la lectura de cada uno de estos capítulos conlleva un sutil ejercicio de deconstrucción de ideas hechas muy comunes que asfixian nuestra comprensión de lo político. El capítulo dedicado a la profecía (pp. 73-116), por ejemplo, desmantela o deshilvana una comprensión puramente progresiva y lineal del tiempo en la política. Por su parte, el intrincado capítulo 4 (pp. 157-205) proporciona una demostración sólida y estimulante de por qué el poder *es* servicio.

Estos ejercicios —sembrados a veces con mimo a lo largo del texto; otras, a voleo— ofrecen al pensamiento un espacio mínimo desde donde pensar de forma distinta.

Algunas dudas persiguen la lectura de *Theopolitical Figures*. ¿Qué criterios sigue la autora para identificar esas cinco figuras teopolíticas? ¿Son esas cinco figuras *las* cinco figuras? ¿Cuántos nombres, signaturas o trazos tiene Dios? Si le preguntaran a Fray Luis de Granada, de seguro daría más de cinco. Por otra parte, si Dios —sus trazos o figuras— es inevitable, ¿no lo es también el ateísmo? Vistas desde la imposibilidad e inevitabilidad de Dios, ¿no son todas las personas, creyentes o no, igual de ateas? Y, sin embargo, la palabra “ateo” [*atheist*] aparece cuatro veces en el texto (pp. 31, 33, 60, 119) y “ateísmo” [*atheism*], sólo dos (pp. 119, 263).

A rebufo de la “biopolítica” de Foucault, Byung-Chul Han publicó *Psicopolítica* en 2017. Tal vez con un poco de tiempo y fortuna se asocie el nombre de Herrero con el neologismo “teopolítica”. Con él, recorta la distancia entre la política y la teología, al tiempo que subraya que siempre será absoluta. Así, Herrero afirma con contundencia el carácter inevitable que conserva el Dios de la Biblia en lo político al tiempo que defiende, con Derrida, que “Dios no es una condición de posibilidad, sino la imposibilidad que hace posible cualquier condición” [*God is not a condition of possibility, but the impossible which makes any condition possible*] (p. 14. Mi traducción).

Felipe Muller

fmuller@alumni.unav.es

DOI: <https://doi.org/10.15581/009.57.1.012>